

AGUD O LA PASIÓN POR LA CULTURA

Beatriz Monreal

A Maylo

“**L**a vida de una nación, incluso en los aspectos puramente materiales, depende de forma radical del nivel de cultura que posea”. Así iniciaba en 1.986, un artículo en OARSO el que durante varios años fuera fiel colaborador, Manuel Agud Querol quien a lo largo de su vida ha tenido muchas vinculaciones con Rentería.

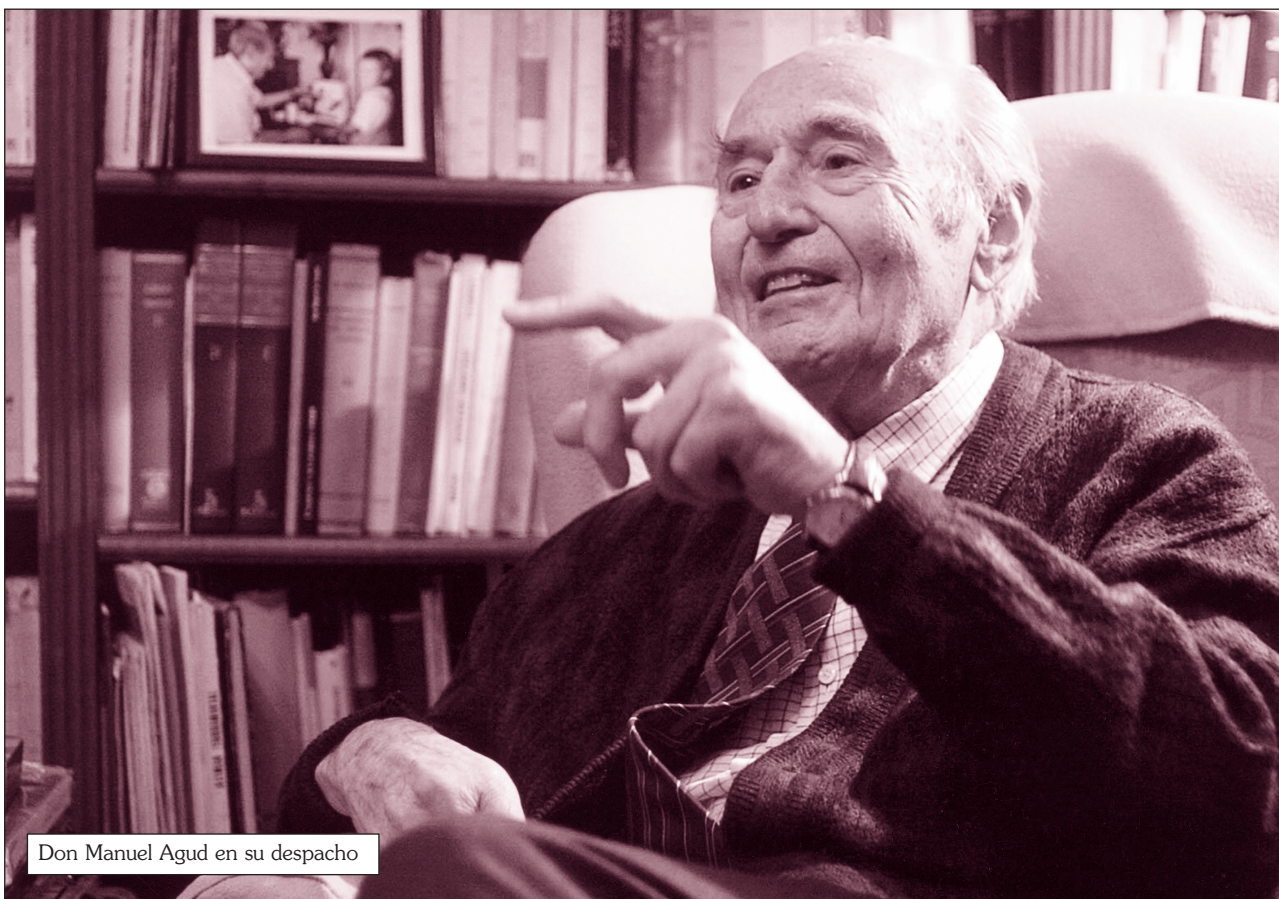
He elegido justamente esta frase porque quizás resuma o sea un compendio de la preocupación constante de este hombre a lo largo de su vida. La tarea por extender la cultura y la educación “*sólo un pueblo educado puede ser libre, y eso empieza en la escuela*” –y yo añadiría en la familia– ha sido una de los retos del profesor Agud quien justamente ha dejado su impronta no sólo en sus alumnos sino en su entorno familiar, en sus seis hijos.

Catedrático de griego desde 1.943, en Santander, se trasladó al año siguiente al Instituto Peñaflores de San Sebastián, donde permaneció 37 años. En él, ocupó cargos de responsabilidad en la dirección del centro. “*Todo lo que hice lo hice a gusto, me gustó dar clases y me sentí pagado con creces con el placer de hacerlo y con la amistad que me une a muchos de mis antiguos alumnos*”, decía modestamente con motivo de la concesión de la Gran Cruz de Alfonso X que le fue impuesta por la ministra de Cultura, D^a Pilar del Castillo, en el Palacio Miramar de San Sebastián a mediados del pasado enero.

En pleno franquismo, cuando algunos de los que ahora pían tanto, estaban, por ejemplo, ampliando estudios en el extranjero, Agud aprovechaba sus clases de griego en el Instituto Peñaflores de San Sebastián para hablarles de la vieja democracia de la polis griega y sus alumnos sabían que podían debatir sobre cualquier cosa con el maestro



Don Manuel Agud y su esposa, Doña Maritxu Aparicio



Don Manuel Agud en su despacho

quien debatía y, si es caso, hasta imponía. Porque cultura es tener conocimiento acerca de lo que ha sido el hombre a lo largo del tiempo, sin inventos ni mixtificaciones. Supone trabajar y trabajarse para dejar de lado el odio y la intolerancia, pero no la ética ni la sensibilidad. Y educar así supone siempre esfuerzo; requiere paciencia, comprensión, diálogo y, a veces, también plantarse y decir: “hasta aquí hemos llegado”. O sea, no caer en la adulación facilona al alumno ni en las mentiras al uso.

Las aulas del “Peña”, daban cabida a las primeras clases de lengua y literatura españolas para extranjeros, porque Agud promocionó los primeros cursos de verano en San Sebastián. Con su tozudez argentino-aragonesa (que es una modalidad no muy conocida) también logró cumplir su gran ambición de conseguir una universidad para el País Vasco, con su trabajo en el patronato creado a tal fin. También en el “Peña” se impartirían las primeras clases hasta que se inauguró en 1.963 el complejo de Mundaiz y también allí los primeros cursos de euskera voluntario para los alumnos. Es que ahora se ve todo muy fácil...

Y en medio de estas ocupaciones y preocupaciones, todavía tuvo tiempo para ela-

borar su tesis doctoral sobre “Elementos de cultura material en el País Vasco”, dirigida por D. Antonio Tovar y de adentrarse como investigador en la Historia Medieval, tratando siempre de difundir la importancia de las humanidades en la educación.

Sería muy premioso seguir desgranando todas las actividades en las que ha participado este hombre inquieto, íntegro, de una educación y cortesía exquisitas, que encontró tiempo para promocionar también otras instituciones científicas y educativas. Así, coincidió con mi padre en épocas difíciles del Ateneo Guipuzcoano que, pese a todo, era un reducto de libertad porque se podía convivir con independencia de ideologías y, en nuestra casa, se hablaba con respeto de Agud. Más tarde coincidí con él en reuniones de Scouts, porque D. Manuel era un enredador y no sólo nos confiaba a sus hijos, sino que participaba en las labores organizativas.

Un poco abrumado por la llegada de esta distinción –que no ha sido la única, poco antes, en noviembre de 2002, recibí también un homenaje de la Diputación Foral de Guipúzcoa–, reconocía la satisfacción que comportan los premios: “*cuando se es joven, uno no necesita premios ni*

distinciones o al menos, no deberían serle imprescindibles para hacer su trabajo diario. Sin embargo, con los años las cosas cambian. Y verse reconocido y festejado y acompañado, es una fuente inesperada y bienvenida de alegría”.

Pero lo cierto es que hace 40 años también recibió la medalla de bronce donostiarra, su ciudad de adopción en la que lleva viviendo 60 años y sobre la que ha escrito el libro “San Sebastián, curso breve sobre la vida y milagros de la ciudad”.

Precisamente la Cruz de Alfonso X es un reconocimiento muy en consonancia con la personalidad de D. Manuel, por lo que este monarca del s. XIII, sobrenombrado “el Sabio”, o también “emperador de la cultura”, como se le ha llamado, representó. Alfonso X, quien en palabras de José Jiménez Lozano, recepciona el Derecho Romano, aunque “sabe muy bien que legisla para una sociedad no homogénea como la romana”.

Pues bien, para una sociedad como la nuestra, tampoco homogénea y, por supuesto, menos tolerante que el Toledo del s. XIII, donde convivían gentes de distintos pensamientos, para esta sociedad, digo, el profesor Agud ha dedicado, callada e ininterrumpida-

mente sus horas de trabajo, las otras, las de además de después de su jornada laboral. Esa dedicación diaria, casi a escondidas, sin alharacas, esas “pequeñas cosas dispersas que he hecho en estos años” son las que ahora, con motivo del premio llegan al conocimiento de sus conciudadanos. Y todo ello en otras épocas, también difíciles –no me atrevo a decir que más–, menos permisivas (;), con menos subvenciones oficiales, con menos reconocimientos, por libre, sin ataduras partidistas, porque D. Manuel ha sido un hombre independiente y libre, con criterio propio y alejado de los dictados de los partidos. Una tarea que ha durado horas y horas, días y días, meses y meses, y años y años porque desde 1.951, Agud se ha sumergido en un bosque de fichas, para elaborar trabajos sobre toponimia, antroponimia, historia y junto con Mitxelena y Tovar, ha trabajado en el *Diccionario Etimológico de la lengua vasca*, del que ha visto publicado hasta la letra O.

¡Cuántas veces me he cruzado con él cuando iba en dirección al Seminario Julio de Urquijo, a ese Seminario por el que siento gran predilección! Con paso rápido porque la tarea no permite demora. Otra cosa era el cambio de impresiones en una esquina, próxima al Buen Pastor, con sus amigos



Don Manuel Agud con su esposa Maritxu, su nieta Mariel y la Ministra de Cultura, Doña Pilar del Castillo. Palacio Miramar de San Sebastián

y antiguos compañeros del Instituto Peñaflores, el Padre Urrutia, D. Juan Amorós y D. Francisco Yarza. Ahí ya sin prisas, en conversación apacible tratando de lo divino y de lo humano...

Agud pertenece a ese minúsculo grupo de personas que ha defendido la libertad de pensamiento y la libertad de expresión y que honran a los miembros de una comunidad mediante su aportación intelectual. Polemista activo, a través de sus artículos periodísticos, ha sido un fino analista de los problemas de su tiempo. Quizás la recopilación y la publicación de todos sus artículos sería un buen trabajo.

Con la satisfacción de la obra bien hecha puede ahora, a un ritmo más reposado, seguir con sus aficiones a las que sabiamente ha añadido algunos paseos más del brazo de Mari-txu que se enorgullece de compartir la vida con D. Manuel y yo tengo la oportunidad de pegar hebra de vez en cuando con ellos en el Paseo de los Fueros, que esta primavera, es una delicia.

